

Libros

12

AL PASO

IGNACIO RUIZ QUINTANO
LOS CARLINES

Lo ha dicho muy graciosamente Hughes: «Qué ingrato haber sido Lorca... haber visitado Nueva York antes incluso que Elvira Lindo... y que la gloria tome el cuerpo de Ian Gibson».

Qué ingrato ser Mourinho y que la gloria tome el cuerpo de John Carlin, el penúltimo hispanista.

Las letras en España son todas de cambio: las del cervantista, por un cargo; las del americanista, por un viaje; y las del hispanista, por una vida muerta.

—Sí, soy el que mejor comprende el Quijote. Nadie lo comprende. Solo yo lo comprendo. Yo, que me he dedicado toda mi vida a buscar lo que Cervantes quiso decir.

Eso dice a Alberto Guillén el cervantista Rodríguez Marín en *La linterna de Diógenes*.

—Soy un ferviente americanista. Yo conozco Buenos Aires. ¿Que si he ido a América a dar conferencias? No, señor. Fui al matrimonio de mi hijo.

Y eso dice a Alberto Guillén el americanista Juan Antonio Cavestany, cuya especialidad son los versos: «¿Qué? ¿No lo sabía usted?».

El cervantista y el americanista son autóctonos. El hispanista, en cambio, viene de fuera, generalmente de Inglaterra, con la misión de explicarles a los españoles España: sonrosado y con mucho apetito, amén de progre en época de vacas progres o facha en época de vacas fachas.

El hispanista del momento (por cuenta de Mourinho) es Carlin, un Borrow vendedor de las biblias peperas del Pep (Guardiola). Agotadas las comparaciones de Mourinho con todos los dictadores (de derechas, por supuesto) de la Historia, el hispanista ha abierto la veta cultural:

—Imaginar al Barcelona que deslumbra al mundo (el mundo es Carlin) sin Guardiola es imposible. Sería como *Hamlet*, la obra, sin el príncipe. Imaginar a la Liga española sin Mourinho es igual de desolador. Como el cine español sin Torrente.

Hamlet y Torrente.

Humor inglés.

—¡Massshámón del cugadito!

España.

«X-MAN» ATACA DE NUEVO



LA CASA DE LOS AGUJEROS

NICHOLSON BAKER
Traducción de Carme Font
Duomo, Barcelona, 2012
314 páginas, 19,80 euros

★★★★



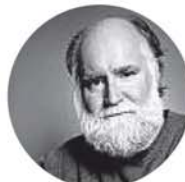
En otro barrio, *La casa de los agujeros* sería una aberración temporal, un capricho pasajero, una broma de dudoso gusto. Pero tratándose de Nicholson Baker, *La casa de los agujeros* es, además, un libro intrigante e inteligente. Y no es la primera vez que Baker (Nueva York, 1957) se enreda y nos enreda en semejantes sábanas.

Recuerden: Baker ya era un autor de culto —más «europeo» que Paul Auster, «hermano mayor» de David Foster Wallace al resucitar la nota al pie como recurso narrativo— cuando en 1992 publicó *Vox*. Esta novela/conversación telefónica horizontal excitó a lectores y crítica y a una tal Monica Lewinsky, que no dudó en regalársela a un tal Bill Clinton y, de paso, convertir a Baker en inesperado *best seller* sexual. Baker no dudó en repetir el

golpe con otra novela en celo —*La fermatta* y su «héroe» con capacidad para paralizar mujeres y hacer con ellas lo que se le antoje, y si, era mucho lo que se le antojaba—, antes de volver a sus preocupaciones más habituales de su otro músculo favorito, su cabeza más grande.

Un puñado de minutos

Porque eso es lo interesante de Baker: el hombre también tiene un costado puro y friamente intelectual: ficciones o ensayos o *memoirs* que pueden ocuparse de un puñado de minutos como si se tratase de eternidades (*La entreplanta*, *Temperatura ambiente*, *Una caja de cerillas*); de la infancia como estado mental (*La interminable historia de Nory*); de la mitómana envidia literaria por su héroe John Updike (*U & I*); de su lucha por preservar el papel impreso por encima del microfilme (*Double Fold*); del colosal ejercicio de publicidad



Nicholson Baker (sobre estas líneas) se convirtió en un autor de «best sellers» cuando Monica Lewinsky (arriba, junto a Clinton en la portada de «Time») le regaló al presidente una de sus novelas

que fue la campaña de los aliados para venderse como los inmaculados «buenos de la película» en la Segunda Guerra Mundial (*Humo humano*); del magnicidio como pasión nacional (*Checkpoint*) o de la poesía como antídoto universal (*El antólogo*).

Semejante potencia neuronal (nunca reñida con un muy personal sentido del humor) parece justificar estos exabruptos porno-rampantes de Baker. Así, en *La casa de los agujeros*, un Baker *prádpico* vuelve a montar para correrse un galope frenético de *X-Man* con calificación X.

Sueño húmedo

Y la idea pasa por una visita guiada, en breves postales/microrrelatos, a una especie de alucinante y alucinado parque temático sexual. Un veloz examen al índice da una clara idea de este sueño húmedo: «Shandee aprende a lavar un pene», «Rhumpa graba el vídeo de los orgasmos», «Henriette elige un bombeador de nalgas», «Dave recupera su antigua polla», y así hasta acabar en la última página, momento de dormir tras tanto ensueño realizado.

Dicho lo anterior, cabe apuntar que *La casa de los agujeros* no es un libro apto para todos los públicos. Y no por su contenido explícito y lenguaje sucio, sino porque más de uno lo sentirá tonto y adolescente y más cerca de las rotundas hembras de Robert Crumb que del elegante pulpo de Katsushika Hokusai. Pero, pienso, eso es exactamente lo que quiere provocar y demostrar Baker: lo fácil que resulta escandalizar a los angloprotestantes, quienes no hace mucho seguían condenando a autores como Lawrence, Joyce, Miller, Nabokov, Roth y Updike. De esta manera perversa, *La casa de los agujeros* resulta ser un libro más de denuncia que un libro denunciable. Si: en la habitación del fondo, la Hester Prynne de *La letra escarlata* todavía sueña con alguien que la ayude a desmelenarse y sacarse a tanto puritano de encima. Nicholson Baker, está claro, es su hombre.

Mientras tanto y hasta entonces, *La casa de los agujeros* es otro masaje de Baker con final feliz.

Y, de acuerdo, Baker ha tenido *performances* más potentes.

Pero quién no ha tenido noches mejores que otras.

RODRIGO FRESÁN